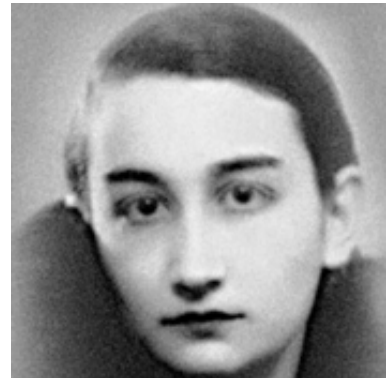


Ernestina de Champourcin

Rosa Fernández Urtasun es profesora de literatura de los siglos XIX y XX en la Universidad de Navarra, y una de las máximas estudiosas de la obra de Ernestina de Champourcin. Coincidiendo con los últimos días de la exposición que ha comisariado sobre su vida y su obra poética en el Centro cultural Conde Duque, hemos querido pedirle el retrato de la poeta, una de las dos mujeres seleccionadas en la segunda edición de *Poesía española contemporánea*, la antología de Gerardo Diego que agrupó a los poetas de la denominada posteriormente Generación del 27. En este documento se explican, a modo de preguntas y respuestas, los aspectos más sobresalientes de la poesía de Ernestina de Champourcin.

Ernestina de Champourcín y Juan Ramón

Aunque Ernestina de Champourcin consiguió muy pronto una voz propia de gran fuerza, su poesía no se puede entender sin la profunda admiración que siempre profesó por la obra de Juan Ramón Jiménez, a quien nunca dejó de considerar su maestro. Juan Ramón abrió el camino de la poesía pura a la poesía en lengua española con unos versos, como los definía Ernestina, "sin tiempo ni espacio; en Dios". La joven que en 1926 publicó *En silencio...* le envió a Juan Ramón un ejemplar con la esperanza de que "el Poeta", como lo llamaba con frecuencia, juzgara sus escritos. No recibió contestación, pero unos meses más tarde, en La Granja, coincidió con Juan Ramón y su mujer. Al hacer las presentaciones de rigor, Juan Ramón le dijo que había leído y apreciado su poemario, y le invitó a visitarle cuando quisiera en su casa de Madrid. A partir de ese momento se convirtió en su mentor, y al igual que les sucedió a sus compañeros de generación, Ernestina tuvo el privilegio de que Juan Ramón le orientara en su escritura y en sus lecturas. De ahí nació una amistad que conservó a lo largo de su vida: también en el exilio Ernestina pudo coincidir en distintas ocasiones con él gracias a los diversos viajes que tuvo que hacer a Estados Unidos con motivo de su trabajo como traductora de congresos. Como homenaje a su persona quiso escribir, hacia el final de su vida, un libro de memorias titulado *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en mi memoria)*, en el que comenta diversos recuerdos y reflexiones tanto de la vida personal como de la escritura del gran poeta de Moguer.



La Generación del 27 y la mujer. El canon

Puede considerarse que Ernestina de Champourcin fue la única mujer que realmente estuvo, durante estos años, en una situación de igualdad con el resto de los poetas hoy llamados del 27.

La historia de la literatura se está rehaciendo continuamente; la historia de la Generación del 27 se está reescribiendo no sólo porque conocemos cada día más y mejor los pormenores de la vida literaria de los años 20 y 30, sino también porque vamos teniendo la distancia necesaria para juzgar los criterios con los cuales se escribió la historia de la literatura del siglo pasado. En los años 20 la escritura femenina, en general, se consideraba un

simple juego, un elemento de decoración más en la vida de algunas mujeres. Así lo refleja la crítica, que juzgaba estas obras con criterios diferentes que la de los hombres. No era fácil que un poeta de cierto prestigio leyera versos escritos por

mujeres, y resulta sorprendente la apertura que en este sentido siempre tuvo Juan Ramón. Gracias a su apoyo, Ernestina pudo integrarse en parte de la vida cultural que compartían sus compañeros de generación: asistía a sus conferencias y recitales, leía sus revistas y frecuentaba su trato en la medida en que esto le estaba permitido a una mujer entonces (por ejemplo, no podía participar en sus tertulias, ni acudir a los cafés donde se reunían). Pronto empezó también a ejercer una labor crítica en publicaciones literarias y periódicos con la que llegó a adquirir un gran prestigio. Si tenemos en cuenta lo olvidada que ha sido Ernestina en los últimos años, resulta muy sorprendente ver cómo Alberti, Aleixandre o Guillén le mandaban sus poemarios, dedicados, para que los reseñara. Por todo esto, y por la calidad y continuidad de su obra, puede considerarse que Ernestina de Champourcin fue la única mujer que realmente estuvo, durante estos años, en una situación de igualdad con el resto de los poetas hoy llamados de 27. Compartía esta cercanía con el mundo poético Concha Méndez, una escritora muy vital y apasionada, valiosa, que fue novia durante varios años de Buñuel, se casó con Manolo Altolaguirre, fue muy amiga de Lorca y Alberti... Aunque escribió varios libros de versos y teatro Concha estaba ilusionada, sobre todo, con el cine; a pesar de sus esfuerzos, nunca pudo llegar a ver hecho realidad su sueño de ser guionista. También empezó a escribir a finales de los años 20 Carmen Conde. Esta poeta era un poco más joven que Ernestina y Concha, y además, viviendo en Cartagena, no le era fácil desplazarse a Madrid. Por eso, Carmen nunca llegó a estar vinculada al mundo del 27. Sí obtuvo el prestigio que merecían sus versos más adelante, después de la guerra, y por eso su obra se estudia en un contexto diferente. Aunque hay algún nombre más, estas son, a mi entender, las poetas que habrá que citar cuando se vuelva a contar la historia de la literatura en los años 20 y 30.

En cuanto al canon, la primera antología que consagró a los miembros de la Generación del 27 fue la *Poesía española contemporánea*, de Gerardo Diego, y en su segunda y definitiva edición sí aparecen Ernestina de Champourcin y Josefina de la Torre, poeta que contaba entonces con apenas dos libros y tras la guerra no volvió a escribir poesía. Si casi inmediatamente después de la publicación de esta obra el nombre de Ernestina se silenció, fue sobre todo porque decidió casarse con el secretario personal de Azaña y marcharse con él al exilio.

Ernestina de Champourcin y el feminismo

Una de las características que definió a Ernestina de Champourcin como persona fue su constante preocupación por que se reconociera el valor de la mujer en el mundo cultural e intelectual. Su trabajo a favor del feminismo así entendido fue constante desde que era muy joven y se mantuvo hasta que sus fuerzas le permitieron luchar por este ideal. Ya son significativos su propio interés por escribir poesía de la misma categoría que la de los hombres, su afán por colaborar en periódicos buscando explícitamente que no fuera en páginas dedicadas en exclusiva a mujeres —que es lo que le ofrecían—, o su audacia a la hora de reseñar los trabajos de los poetas. A otro nivel, también la visión de la mujer que refleja en sus poemas resultaba muy llamativa. Por ejemplo, en una reseña a *Cántico inútil* (1936), Guillermo de Torre destacaba que el amor tematizado esta obra, por tener un carácter activo, no parecía propio de la mujer.



Tampoco fue ajena Ernestina a lo que se suele entender habitualmente como un feminismo activo. Desde que 1926 comenzó a colaborar en el Lyceum Club que impulsó María de Maeztu, la primera asociación femenina española cuyo fin era, según sus estatutos, “defender los intereses morales y materiales de la mujer, admitiendo, encauzando y desarrollando todas aquellas iniciativas y actividades de índole exclusivamente económica, benéfica, artística, científica y literaria que redunden en su beneficio”. También en cuanto llegó a México quiso promover las actividades culturales y formativas entre las mujeres indígenas que vivían en el Distrito Federal, y animó a algunas mujeres intelectuales de allí a poner en marcha sus propias asociaciones y revistas literarias. Otra faceta de su actividad a favor del feminismo fue el apoyo que prestó, desde finales de los años 20 hasta el final de su vida, a las mujeres que buscaban su consejo para dedicarse a la poesía, y a las que invitaba no sólo a escribir, sino también a darse a conocer, involucrarse en la vida cultural, etc.

En algunas ocasiones se ha interpretado que el giro religioso que dio su obra tras el exilio, y la atención casi exclusiva que le dedicó a su marido en los últimos años de su vida, supusieron un retroceso con respecto a los ideales por los que había luchado hasta entonces. Se entiende en estos casos como una vuelta a los lugares específicos en los que la tradición había relegado a la mujer. Sin embargo Ernestina nunca lo hubiera interpretado así. La misma fuerza que puso desde muy joven en demostrar el protagonismo de la mujer en la relación amorosa le llevó a cuidar a su marido cuando lo necesitaba, en unos años en los que la angustia por la situación política española y la pena de no poder volver a su patria sumieron a Juan José en una profunda desesperanza. Algo parecido sucede con la poesía religiosa, en la que Ernestina plantea su redescubrimiento de Dios como algo liberador, que llena de sentido y de plenitud su vida cotidiana y que le devuelve la voz tras unos años de silencio poético.

La poesía religiosa en la obra de Ernestina de Champourcin. La mística

La admiración de Ernestina por la poesía mística española puede rastrearse desde sus primeros versos y declaraciones poéticas. Las escuelas literarias en las que se formó — especialmente el simbolismo y la poesía pura— están estrechamente ligadas a esta tradición. Sin embargo, hay una gran diferencia entre la presencia o la influencia de la poesía mística en la obra de Ernestina anterior a la guerra y la recuperación de este género que la poeta se propone en sus obras del exilio. En su primera etapa, las lecturas de san Juan de la Cruz o de los salmos que hace Ernestina son de orden exclusivamente estético, muy cercanas a las que pueden percibirse en las obras de Juan Ramón Jiménez o Gabriel Miró. Sin embargo, tras el redescubrimiento que Ernestina de Champourcin hizo de Dios en su etapa mexicana, la poesía mística, y especialmente la del siglo de oro español, cobra para ella un significado totalmente nuevo. La mística ya no es sólo una fuente de imágenes y símbolos, sino que se convierte en el vehículo para expresar una vivencia interior. Se trata ahora propiamente de poesía religiosa, que parece pedir también un cauce formal distinto. Ernestina vuelve en *Presencia a oscuras* (1952) a los sonetos, las décimas, los romances y otras estrofas tradicionales de la poesía barroca. Es interesante ver el proceso a través del cual la escritora va poco a poco haciéndose con un género y un tono muy distintos de los que había cultivado en su poesía anterior a la guerra. Sin embargo, cuando ya domina este nuevo modo de escribir, hace un curioso experimento en *Hai-Kais espirituales*, poemario en el que utiliza la forma del *haiku*, tan apreciada por los modernistas, y recupera algunas de las técnicas y las imágenes propiamente vanguardistas. Pienso que esta fusión se debe a que en este poemario Ernestina quiere reflejar de manera especial el espíritu del Opus Dei, institución de la que formaba parte desde 1952, ya que en los *Hai-Kais espirituales* el tema fundamental es la relación con Dios como presencia y diálogo constante en cada detalle de la vida cotidiana.

El silencio sobre la obra de Champourcín hasta la actualidad

Emilio Lamo de Espinosa es catedrático de Sociología de la Universidad Complutense y sobrino de Ernestina de Champourcin. En un homenaje que se le hizo a la poeta en la Residencia de Estudiantes en 2005, año del centenario del nacimiento de Ernestina, este profesor explicaba así el silenciamiento que se produjo de la obra de esta autora:

"Se ha dicho que por ser mujer, y puede que sea así, aunque sospecho que no es la razón más importante. Más relevante me parece resaltar su intimismo, el peso creciente de una poesía religiosa, mística. Si hubiera hecho poesía social o de combate, *comprometida*, sería sin duda mucho más conocida".

Este carácter fronterizo la hizo estar mal colocada, fuera de las tribus políticas o intelectuales que continúan dividiendo el país de modo maniqueo.

Más importante aún me parece el hecho de que Ernestina era de izquierdas, con el currículo perfecto del exiliado republicano, pero al mismo tiempo era profundamente religiosa e incluso se incorporó al Opus Dei. Este carácter fronterizo la hizo estar mal colocada, fuera de las tribus políticas o intelectuales que continúan dividiendo el país de modo maniqueo. Ernestina ha padecido un poco la mala suerte de las "terceras vías", de quienes no acababan de estar claramente ni en la derecha ni en la izquierda, un poco como Ortega, rechazado por unos por ateo y por los otros porque era elitista, acusado al tiempo de ser de derechas y de ser de izquierdas.

Pero, sinceramente, creo que la posición de Ernestina es el resultado, sobre todo, de ella misma, de su carácter, de su independencia de criterio total y rotunda, salvaje, casi asocial, pero también de su voluntad de no ser tipificada, categorizada, cosificada. Cuando Gerardo Diego le pidió para su *Poesía Española Contemporánea* un resumen de su poética, Ernestina se negó a definirse y contestó con aparente ligereza: "cuando todo el mundo define y se define causa un secreto placer mantenerse desdibujada entre los equívocos linderos de la vaguedad y la vagancia". Cuánta razón.

La poesía a la vuelta del exilio

Es habitual que, al hablar de Ernestina de Champourcin como poeta de la Generación del 27, se ponga el acento sobre todo en su obra anterior a la guerra. También suele comentarse, por la radicalidad del cambio, el giro que dio durante el exilio hacia la poesía religiosa. Sin embargo, pocas veces se habla de su última poesía, la que escribió al volver a España que, sin embargo, es donde está, a mi juicio, lo mejor de su obra. Se trata de una poesía del tiempo y la eternidad en la que se conjuga la contemplación retrospectiva, la memoria, con una mirada hacia el futuro; un futuro afrontado con la lucidez y la valentía de quien mira, de cerca y a los ojos, a la muerte.

La poesía de la última etapa de Ernestina también está relacionada de manera directa con sus circunstancias vitales. Al volver del exilio en México, un país al que se había adaptado perfectamente y en el que fue muy feliz, Ernestina llegó a un Madrid que no se parecía en nada a la pequeña ciudad que había abandonado de manera precipitada en 1936. El Madrid inquieto, cercano, en el que ella era una persona conocida y bien relacionada, se había convertido en una ciudad anónima, en la que apenas quedaba rastro de sus antiguos amigos y conocidos. La poeta tuvo entonces sentimientos de verdadero exilio, una experiencia que la ilusión y la juventud le habían ahorrado cuando por primera vez tuvo que abandonar su tierra. Se desencadenan los recuerdos y Ernestina recorre en *Primer exilio* (1977) las etapas de su destierro. Este peso de la memoria alterna en los poemarios que le siguen con la reflexión meditativa sobre el paso del tiempo, la conciencia sufriente de la vejez y la decadencia, la búsqueda de la verdad cada vez más imperiosa y la aspiración fuertemente esperanzada de plenitud. Al mismo tiempo, se trasluce en ellos el agradecimiento por los hechos acaecidos, la fascinación serena por la verdad encontrada y el gozo por la plenitud alcanzada durante su vida. Estas características se mantienen hasta su última obra, *Presencia del pasado* (1996), escrita con más de noventa años, y que sin embargo conjuga la fuerza propia de la primera juventud, como expresó algún crítico, con la serenidad alcanzada con el paso del tiempo.

Rosa Fernández Urtasun